

VIDAS paralelas: Thatcher y Reagan

Al concluir el Gobierno de la Primer Ministro Margaret Thatcher en Inglaterra, el analista argentino Mariano Grondona hizo un paralelo con el gobierno de Ronald Reagan. Tomado de "La Nación", Buenos Aires, 2 de diciembre de 1990.

Como a Alejandro Magno y Julio César, igual que a Demóstenes y Cicerón, Plutarco los habría incluido en sus "Vidas paralelas": las carreras políticas de Margaret Thatcher y Ronald Reagan fueron las dos caras de una misma moneda.

En un mundo aún dominado por las ideas socialistas, ambos ascendieron al poder bajo el signo de la revolución liberal. Los laboristas en Gran Bretaña, los demócratas en los Estados Unidos, habían conducido la vida política antes que ellos en nombre del paternalismo del Estado. En tiempos socialistas hubo, es cierto, interregnos liberales. pero ni el conservador Edward Heath en 1970-1974 ni el republicano Richard Nixon en 1969-1974 pretendieron revertir el predominio de las ideas socializantes; a lo más, lo limitaron. Cuando les tocaba el turno, los liberales apenas sí oponían una tímida discrepancia a las estatizaciones en el Reino Unido y a la expansión de los gastos sociales en los Estados Unidos.

Con Thatcher y con Reagan llegó al poder, por lo contrario, un liberalismo militante. Aquella ganó las elecciones generales de 1979. Este, las elecciones presidenciales de 1980. Comenzó entonces en el mundo anglosajón y más allá, en el mundo todo, la revolución liberal cuyo impulso arrastra hoy a personajes tan improbables como Mikhail Gorbachov y Felipe González, a movimientos tan ajenos a la tradición liberal como el socialismo francés y el peronismo argentino.

Tanto Thatcher como Reagan debieron enfrentar, al comienzo, duros desafíos. La huelga de los controladores aéreos puso a prueba la determinación de Ronald Reagan. Margaret Thatcher, cuya popularidad había bajado peligrosamente como consecuencia de la disciplina económica que pretendía imponer, pudo salvarla recurriendo al nacionalismo contra nosotros en la Guerra de las Malvinas. Así como ella puso sin quererlo la piedra inicial de la democracia argentina al derrotar al régimen militar, éste, también sin quererlo, le dio a Thatcher la ocasión de proseguir su revolución liberal mediante una reelección que pocos anticipaban antes del 2 de abril de 1982. He aquí dos ejemplos notables de lo que Max Weber llamó "las consecuencias no queridas de la Historia".

No bien reelecta, Margaret Thatcher soportó un segundo desafío: durante un año, la huelga del poderoso gremio de los mineros contra su política de liberalización. En 1987, al convertirse en la primera líder inglesa en ser reelegida para un tercer período en lo que va del siglo, la señora Thatcher alcanzó su hora más gloriosa. El apogeo de Reagan había llegado en 1984, cuando derrotó sin atenuantes al demócrata Walter Mondale, que intentaba bloquearle el camino de la reelección.

Pero las repúblicas prevén plazos para los gobernantes porque, tarde o temprano, la gente se

cansa. En los Estados Unidos, la ley prohíbe un tercer período. En el Reino Unido, la Constitución no escrita deja a los votantes y los políticos la administración de esta cautela. Michael Heseltine en 1986, Nigel Lawson en 1989 y Geoffrey Howe hace un mes, uno tras otro los líderes del Partido Conservador renunciaron en discrepancia con Thatcher. Reagan, poco antes de terminar, conocería a su vez las denuncias y sospechas del escándalo Irán-contras.

Estas "vidas paralelas" culminaron cuando, pese a su desgaste, tanto Reagan como Thatcher lograron éxito en la nominación de un sucesor. George Bush le ganó los comicios presidenciales a Michael Dukakis, en noviembre de 1988, presentándose como el continuador de Ronald Reagan. John Major le acaba de ganar la jefatura del Partido Conservador y la jefatura del gabinete al rebelde Michael Heseltine porque se presentó como un hombre próximo a Thatcher. Tanto Bush como Major, empero, carecen del vigor ideológico de sus antecesores. Al aumentar los impuestos, Bush violó un mandamiento liberal de la era Reagan, según el cual los recursos son más creativos en manos privadas. De Major se dice que siendo dry (seco), esto es duro en finanzas, es wet (húmedo), esto es blando en la cuestión social. Si se los compara con el liberalismo militante de Reagan y Thatcher, Bush y Major aparecen como tibios.

La democracia según John Rawls

En su ya clásica "Teoría de la Justicia", el filósofo político John Rawls imaginó a las democracias industriales de nuestro tiempo como sistemas en equilibrio por la gravitación contrapuesta de dos

principios: la libertad y la igualdad. Si extremáramos el predominio de la igualdad que exaltan los socialistas, terminaríamos por ahogar la libertad en un océano de reglamentaciones. Si escogiéramos exclusivamente la libertad que exaltan los liberales, las diferencias económicas y sociales entre los más y los menos competitivos llegarían a límites intolerables. En última instancia, el ideal de la libertad y el ideal de la igualdad son irreducibles el uno al otro. La sociedad es "justa", sin embargo, según Rawls, sólo cuando consigue atenderlos a ambos.

¿Como lograrlo? Mediante la rotación democrática en el poder de liberales e igualitarios. Ya se llame "conservador", "republicano", "liberal" o de alguna otra manera, el partido de la libertad enfatiza el primer principio de la justicia de Rawls. Ya se llame "laborista", "demócrata", "socialdemócrata" o de algún otro modo, el partido de la igualdad enfatiza el segundo principio. El destino de ambos partidos es reemplazarse uno al otro en el poder a lo largo del tiempo. Lo que resulta de ello es una sociedad que, gracias al arbitraje periódico de los votantes, se ha convertido en un sistema mixto.

El círculo y la espiral

Ya vimos que, durante las décadas de la posguerra, el péndulo osciló hacia el igualitarismo.

Hacia 1980, el dúo Thatcher-Reagan dio vuelta a la manivela en dirección del liberalismo. A diez años de distancia, políticas capitalistas y liberales se imponen en las dos Europas y en América Latina. Pero, en 1989, Bush sucedió a Reagan y, en 1990, Major sucede a Thatcher. El liberalismo parece entibiarse. ¿Cuál será, entonces, la próxima etapa?

Una interpretación minimalista sostiene que el ocaso de Thatcher y de Reagan sólo tiene un alcance personal; que no afecta, por lo tanto, la vigencia de la nueva era liberal. Algún entusiasta podría arriesgar incluso la teoría de que Bush y Major vienen a consolidar lo que Reagan y Thatcher empezaron; su aparente *tibieza* no sería entonces más que la necesaria modestia de los herederos.

En el otro extremo, autores como Kevin Phillips, cuyo libro "La política de los pobres y los ricos" anuncia el inminente advenimiento de una nueva era igualitaria. Desde este otro ángulo de mira, Bush y Major no son *tibios* porque vengan a consolidar una herencia, sino porque muestran con sus dudas el agotamiento de la era liberal.

Los entusiastas del liberalismo piensan que la historia es lineal, un camino de ida cuyo término espera la victoria definitiva de la libertad sobre la igualdad. Otros les dirán, recordando a Juan Bautista Vico, que la historia es un círculo incesante de *corsi* y *ricorsi* y que a la euforia liberal que protagonizaron Thatcher y Reagan seguirá, después de la decadencia liberal de Major y Bush, el previsible retorno del igualitarismo.

Pero aun cuando vuelva, la corrección igualitaria del actual liberalismo quizá sea más moderada que la previa euforia socialista, porque la historia no es línea recta ni círculo sino espiral: un movimiento que gira sobre sí mismo, pero que, a través de sus giros, en el fondo asciende. ¿Hacia dónde? El filósofo político Robert Nozick diría: no hacia el triunfo final de la igualdad que anularía la infinita variedad de las vocaciones humanas, sino hacia el triunfo final de una libertad tan plena y responsable que, permitiendo que cada uno llegue a ser ese ser único que en potencia es, incluya además entre sus logros el respeto y el cuidado por el otro que quiere el socialismo.